

Proyecto Cultural para un Nacionalsocialismo Serio
Charla N°4: Doctrinas Nacionalistas Primigenias
Por JAIC

Nosotros estamos construyendo un eslabón dentro de la evolución de las ideas anti-modernas, por ende, pro Leyes Naturales. En su forma política, la primera corriente que abrazó esta lucha en forma consistente y formalmente, fue el Nacionalismo. Cada uno de los autores aportaron distintas visiones, distintos matices para un mismo cuerpo de ideas. Sin duda, el Nacionalismo como Idea política ha sufrido grandes deformaciones conceptuales de individuos ignorantes e irresponsables, mitificaciones tendenciosas hechas por los apologistas de la democracia, etc. Resulta ineludible pues, volver a las fuentes del pensamiento político que nos convoca, tal que, podamos convertir estas charlas en un crisol de Doctrina veraz, fiel al origen y consecuente con las necesidades de evolucionar.

Para mostrar el pensamiento Nacionalista original, me baso en el texto "Doctrinas del Nacionalismo" de Jacques Ploncard d'Assac.

ANTECEDENTES

El principio de las nacionalidades apareció como una consecuencia de la situación creada por la Revolución Francesa. La abolición de la monarquía volvió a entregar la soberanía en las manos de los pueblos, los cuales deberían definir sus límites y los principios por los que se iban a guiar. Así nacieron el «derecho de los pueblos a disponer de sí mismos» y los partidos políticos. - Los ideólogos de 1789 sostenían que el individuo estaba exento de toda atadura con el pasado, que la sociedad era el fruto de un contrato y que el hombre lo podía modificar a su gusto. La patria dejaba de ser la tierra de los antepasados; ahora se convertía en una asociación voluntaria.

Las ocultas consecuencias de tal teoría surgieron en seguida. José de Maistre tuvo, hacia 1807, el presentimiento y comunicó por escrito a Bonald su inquietud de ver a Francia morir «por vía de putrefacción --decía--, dejando llegar la corrupción hasta el punto central y hasta los principios originales y constitutivos que la hacen lo que ella es».

El nacionalismo, tal cómo lo entiende Barres, nace de esta comprobación: la nación puede estar amenazada por algo distinto a una agresión exterior; puede perder su voluntad de ser. Todo, en apariencia, permanece inmutable: el suelo inviolado, los hombres yendo y viniendo a su trabajo y, sin embargo, todo ha sido modificado; si, en ellos la tradición ha muerto, no saben ya lo que son ni por qué lo son.

El nacionalismo es la búsqueda de las leyes que convienen a un país determinado para mantenerse incorrupto en su ser nacional.

DOCUMENTO DOCTRINARIO

EDOUARD DRUMONT

"La fórmula nacionalista ha nacido casi por completo toda de él, y Daudet, Barres, todos nosotros, hemos iniciado nuestra obra bajo su luz".

CHARLES MAURRAS, La Acción Francesa, 6 de febrero de 1917.

He aquí su principal conclusión:

«Para saber bien qué condiciones son necesarias para que viva una Patria, es preciso examinar atentamente cómo muere un mundo que ha formado poco a poco en esta Patria como una aglomeración de bacilos. Para conocer bien las necesidades primordiales del ser, es necesario aprender cómo se llega a no ser y preguntar a lo que expira "el secreto de la vida", que san Antonio, según la expresión de Flaubert, "procura sorprender, a la luz de las antorchas, sobre la faz de los pueblos".»

Más tarde, Barres, sobre todo, y Maurras establecieron en términos científicos esta analogía del cuerpo social y del cuerpo humano. Sacaron esta noción esencial de la doctrina nacionalista: que la sociedad está sometida no a la fantasía de sus voluntades, sino a leyes que no se trata de inventar, sino de descubrir.

Lo esencial de esta teoría se encuentra ya totalmente en Drumont.

«Nada -dice- es tan instructivo como buscar el origen primero de las enfermedades que lenta, pero seguramente, gastan, degradan y arruinan poco a poco el organismo. El término de muerte súbita, en efecto, no quiere decir nada y se tiene un gran desconocimiento sobre las enormes elaboraciones necesarias para llegar a lo que se llama una catástrofe repentina. La disgregación actúa progresivamente, pero sin prisa, y en la sociedad, confederación de tejidos, los principios del mal se hallan siempre distantes, ignorados y oscuros. Se cae por donde se inclina, he aquí la ley; en principio no es nada, una perturbación casi insensible, un grano de arena en el engranaje, luego el desorden parcial, después los muelles rotos y la detención definitiva...»

<<El cadáver social es, naturalmente, más recalcitrante y menos fácil de enterrar que el cadáver humano. El cadáver humano se va a pudrir solo dentro del ataúd, imagen regresiva de la gestación; el cadáver social sigue en movimiento sin que nadie advierta que ya es cadáver, hasta el día en que el más ligero golpe rompe esta supervivencia ficticia y muestra la ceniza en lugar de la sangre. La unión de los hombres crea la mentira y la mantiene; una sociedad puede ocultar largo tiempo sus lesiones mortales, enmascarar su agonía, hacer creer que aún está viva cuando ya ha muerto y no queda más que inhumarla>>

Es él también el primero en emplear en su periódico La Libre Parole, en 1892, la expresión nacionalsocialismo y en su obra se esboza ya esta síntesis de lo nacional y de lo social, que va a ser la gran característica de las revoluciones nacionales del siglo XX.

Advirtió claramente que la burguesía jacobina de 1793, al destruir las corporaciones, había «puesto a los que no tenían nada a merced de los que tenían alguna cosa».

DOCUMENTO DOCTRINARIO

MAURICE BARRES

El Determinismo Nacionalista

"No se subleva a las masas para una acción duradera sin unos principios."

MAURICE BARRES, La llamada al soldado.

En el prefacio de la edición de 1904 de *Un hombre libre*, resume así su pensamiento:

«Yo no toco el enigma del comienzo de las cosas, ni el doloroso enigma del fin de todas las cosas. Me agarro a mi escasa solidez. Me pongo en una colectividad un poco más amplia que mi individuo; me invento un destino un poco más razonable que mi mísera carrera. A fuerza de humillaciones, mi pensamiento, al principio tan orgulloso de ser libre, llega a comprobar su dependencia de esta tierra y de estos muertos que, mucho antes de que yo naciese, lo han dirigido hasta en sus gradaciones»

No hay yo verdadero sin el «sostén de la colectividad».

Barres descubrió en seguida que «no se subleva a las masas para una acción duradera sin principios», que no hay «ninguna posibilidad de restauración de la cosa pública sin una doctrinal.»

El nacionalismo es la nueva doctrina que se propone.

Esencialmente, el nacionalismo es una defensa del organismo nacional, en tanto permanece sometida a las condiciones que formaron y mantuvieron su especie durante siglos.

Pero la doctrina sola no basta, aunque ella haya conquistado a una gran masa. «Los destinos de un país, salen de un acuerdo del jefe y de los dirigentes, no de una barahúnda sin disciplina, por conmovedora que ella sea.»

Se había observado ya en Édouard Drumont que la rebelión del instinto nacional contra las consecuencias de la democracia liberal-capitalista reclamaba, desde luego, un socialismo no marxista que tuviese por objeto integrar profundamente al mundo del trabajo en la comunidad nacional. Encontramos en Barrés la misma preocupación.

«No temo nunca insistir —escribe— sobre la unión de la idea socialista y la idea nacionalista.» Y pide que se establezca firmemente «el poder convergente de estos dos principios».

Cuando se presenta a diputado, en Nancy, en 1900, se proclamará candidato republicano socialista nacionalista.

«El nacionalismo —dice de nuevo— engendra necesariamente socialismo. Definamos el socialismo: mejora material y moral de la clase más numerosa y más pobre.»

No hay evidentemente nada de marxista en esta definición del socialismo barresiano. Se trata sólo de subrayar que la defensa de la nación no puede realizarse sin la defensa de la clase más numerosa y más pobre que constituye, precisamente, la base misma de la nación. Dicho de otro modo: el nacionalismo debe necesariamente ser social.

Maurice Barres no parece haber sido sensible a la forma de Estado. Él, por su parte, continuará siendo republicano y demócrata. Ha tenido en cuenta el despertar de las fuerzas del sentimiento —la Tierra y los Muertos— para dar a la República una mayoría nacionalista. Ha fracasado, y Charles Maurras, que ha sido testigo de este fracaso —que él había anunciado—, vendrá, con su «política ante todo», a afirmar que es preciso primero cambiar las instituciones antes que soñar en cambiar las costumbres, porque las instituciones contribuyen más a la formación de las costumbres que éstas a la formación de las instituciones.

PAUL BOURGET

El Tradicionalismo por Positivismo

"Arquímedes no defendió su ciudad sino comenzando por calcular con exactitud."

PAUL BOURGET, Páginas de crítica y de doctrina.

En suma, en los veinte últimos años del siglo XIX, Drumont, Bourget, Barres, cada uno con su temperamento, procuran esforzarse en hallar de nuevo las leyes racionales de la vida en sociedad, trastornadas por las ideas de 1789. Cada uno aportará sus reflexiones, sus críticas, y de este conjunto de revisión de valores saldrá la escuela nacionalista-tradicionalista francesa.

La aportación propia de Bourget es el desarrollo del método que él ha recibido de Taine: la utilización del mecanismo austero de la búsqueda científica en el dominio del pensamiento político. Para él la política no es otra cosa que «la búsqueda de las leyes naturales de la ciudad por vía de observación».

Piensa que «comprobamos que todos los períodos de prosperidad para los pueblos han implicado ciertas condiciones y todos los períodos de decadencia otras, seremos científicos sacando en conclusión que, muy probablemente, la práctica de unos mejorará un país, que la práctica de otros deteriorará más».

Por consiguiente, existen leyes de la vida humana, leyes naturales de la ciudad que ni el hombre ni la ciudad pueden transgredir sin perjuicio.

¿Cómo volver a encontrarlas cuando se han perdido?

Volviendo a la costumbre que él llama «la experiencia inconsciente de los siglos» y que la había desempeñado «dentada y seguramente». Si se quiere establecer las reglas de la salud colectiva que han permitido a las sociedades subsistir «no es una instrucción ideológica lo que se necesita emprender, son observaciones lo que es preciso sacar. Es precisamente la aplicación del método científico a la vida moral y social». Y puesto que hay que dar un nombre a este método, Bourget propone el de Tradicionalismo por positivismo. Hablará un día de su sueño por ver aplicada a la sociología esta máxima de Buffon que citaba Pasteur: «Reunamos hechos para tener ideas».

Ciertamente, el hombre que piensa, en virtud de lo que piensa, se puede oponer a la naturaleza, puesto que se puede formar de las cosas una idea que le ponga en conflicto con ellas. Ahora bien, las cosas obedecen a leyes necesarias y todo error respecto de éstas leyes se convierte en un principio de sufrimiento para el que lo comete».

Las sociedades no buscan su salvación en las ideologías que no son más que espejismos del espíritu, sino en las observaciones de las leyes necesarias, descubiertas por la observación.

Lo que Bourget había, sobre todo, apreciado en Barres era que el autor de *Un hombre Libre* supo conciliar «la dialéctica y la emoción, el seco análisis intelectual y el frenesí del apetito sentimental». Esto es lo propio del nacionalismo.

«El nacionalismo no es un partido. Es como, el mismo Barres lo ha señalado en una de sus obras, una doctrina. Deriva de esta observación absolutamente experimental, a saber, que nuestro individuo no puede encontrar su amplitud, su fuerza, su dilatación más que en el grupo natural del cual ha salido.»

«Pero ¿qué es esta alma colectiva? Es la obra de la Tierra natal y de los muertos. Lo son las maneras de sentir que ésta ha elaborado en ellos.

»¿Qué es esta acción general? La tarea cumplida por nuestra raza.

El órgano local de esta raza es la nación, más profundamente la región y más profundamente aún la familia.

O más bien nación, región y familia no forman más que un todo. Lo que enriquece o

DOCUMENTO DOCTRINARIO

empobrece a uno, empobrece o enriquece al otro. Cuando la nación sufre, la ciudad sufre y las familias de la ciudad y los individuos que componen estas familias. La cultura del yo, por la cual había comenzado el sensitivo apasionado del Hombre libre, conduce, pues, a un acto de fe hacia las antiguas disciplinas que subordinan el desarrollo de la persona al desarrollo de la Ciudad». Y he aquí el círculo cerrado. Se ha partido del egoísmo del yo, del individualismo feroz engendrado por los principios de 1789; luego, tras algunas vueltas sobre él mismo, el «hombre libre», espantado de su soledad, vuelve a mirar hacia la Ciudad, a desear el gran abrazo colectivo de la Patria y advierte entonces que es su propio ser personal quien se enriquece de todo lo que aporta a la historia de su pueblo, la que los muertos y la que los vivos están a punto de escribir con él.

CHARLES MAURRAS

El Nacionalismo Integral

"Nunca basta con disparar el cañón contra las ideas. Las ideas falsas deben ser combatidas por las verdaderas."

CHARLES MAURRAS, Al Signo de Flora.

Los diez últimos años del siglo XIX fueron excesivamente importantes en la batalla de las ideas. De "La Libre Parole" de Drumont a la "L'Action Française" de Maurras no transcurrieron diez años y, entre ambas, hubo lugar para la brillante, pero efímera, Cocarde, de Barres.

L'Action Française tuvo un origen modesto. El 20 de junio de 1899, Enrique Vaugeois daba en París una conferencia nacionalista bajo el título de «La Acción Francesa». El resultado forma el primer número de una revista bimensual de pequeño formato y de cubierta gris que toma el mismo nombre.

El 15 de noviembre del mismo año, L'Action Française publicaba un manifiesto de cuatro puntos del cual Maurras debía decir-- después: «Aquellas fueron, ciertamente, las cuatro ideas matrices y los principios generadores de La Acción Francesa».

«1) El hombre individual no tiene interés más urgente que el de vivir en sociedad; todo peligro social encierra graves peligros para el individuo.

»2) De todas las formas sociales usadas entre el género humano, la única completa, la más sólida y la más extensa es evidentemente la nacionalidad. Desde que se disolvió la antigua asociación conocida en la Edad Media con el nombre de Cristiandad, y que era la continuación, en algunos aspectos, de la unidad romana, la nacionalidad queda como condición rigurosa, absoluta, de toda humanidad. Las relaciones internacionales, ya sean políticas, morales o científicas, dependen de la conservación de las nacionalidades.

»Si las naciones fuesen suprimidas, las más altas y preciosas comunicaciones económicas o espirituales del universo se verían igualmente comprometidas y amenazadas; tendríamos que temer un retroceso de la civilización. El nacionalismo, pues, no sólo es un acto de sentimiento; es una obligación racional y matemática.

»3) Entre los franceses, ciudadanos de un Estado evidentemente traicionado por la facción que le gobierna y amenazado de temibles rivalidades, todas las cuestiones pendientes, todos los problemas que los dividen deben ser coordinados y resueltos conforme a la nación.

DOCUMENTO DOCTRINARIO

»Las agrupaciones naturales de los franceses deben hacerse en torno al común elemento nacional.

»Por encima de sus diversidades políticas, religiosas y económicas, deben clasificarse según la mayor o menor intensidad y profundidad de su fe francesa.

»4) El deber de los franceses conscientes de estas verdades es, hoy día, formularlas tan públicamente y tan a menudo como sea posible para regenerar a sus compatriotas ciegos o negligentes.»

No existe, por de pronto, el individuo. Existe ante todo la familia, puesto que, sin ella, no hay individuo posible.

«La familia funda el Estado, ya que, por una parte, la población no existe más que por ella y, por otra parte, es ella la que distingue la sociedad política de las otras; sociedad que no se recluta por la voluntad de sus miembros, sino, normalmente, por vía de generación; sociedad en la que uno nace y se reproduce. Yo soy miembro del Estado francés a causa de mi padre, de mi madre y de sus familiares. Puedo ratificar o declinar esta condición; yo no la creo y es ella la que me crea. Los hijos adoptivos que se agregan por otras vías a la gran familia francesa no lo son sino porque hay un primer Estado francés, familia de familias, engendrado naturalmente».

»La sociedad no es una asociación voluntaria; es un agregado natural».

Esta evidencia de que «el individuo está abrumado por la suma de bienes que no son de él y de los cuales, sin embargo, se aprovecha en una medida más o menos extensa» es una de las reflexiones primordiales del pensamiento maurrasiano.

Esta «toma de conciencia» de la constitución esencial de la especie era, en opinión de Maurras, la condición indispensable de toda empresa de renovación política.

«El orden no es, por tanto, un producto natural de las sociedades. Es un arte y, como tal, necesita reglas y un artista, una autoridad. »Es una de las principales máximas de M. de la Tour du Pin que el orden no nace espontáneamente en la sociedad. Una autoridad le precede. Y ella le engendra».

Para hallar las leyes que servirán para erigir el orden es necesario un método. Nos hallamos en el centro del pensamiento maurrasiano. ¿De qué instrumentos disponemos? ¿Nuestra inteligencia? Sí, ciertamente. Pero ella nos puede engañar. El idealismo nos puede llevar fuera de lo real. Precisamos encontrar un método científico.

«La que es llamada mi doctrina política —dirá Maurras— no es deducida; es inducida e inducida de los hechos, de las uniones de los hechos, que se llaman también leyes. No leyes imperativas en el sentido de orden y de mandamiento, sino leyes de constancia y de secuencia, como las del calor y la ebullición»

Maurras no pretendía haber inventado un sistema político. Su tarea consistió —decía— «en partir de un solo movimiento, en hacer un solo esfuerzo del esfuerzo contrarrevolucionario del siglo XIX». La importante —continuaba diciendo— «no es inventar ideas, sino hallar verdades y, tanto como es posible, únicamente verdades»

El método lo irá a buscar en Augusto Comte.

Lo que Augusto Comte había querido realizar sobre el terreno filosófico, Maurras lo va a emprender sobre el terreno político. Este método tomará en el vocabulario maurrasiano el nombre de empirismo organizador. Se trata de deducir de la experiencia histórica las leyes de la sociedad política. Era hacer de la crítica histórica una ciencia.

DOCUMENTO DOCTRINARIO

Llevado a sus justos límites el empirismo organizador de Maurras sólo es temible para el idealismo democrático. Se habla de ideas, él responde con hechos. Y contra los hechos no hay argumentos.

Ahora bien, Maurras siempre ha rechazado con firmeza esta idea de la igualdad de las naciones. Es que ha observado el mito individualista e igualitario, el jacobinismo nivelador que no tiene en cuenta la jerarquía de los valores en la Sociedad..

Y precisamente porque es un conjunto delicado de seres vivos, llenos de pasiones, de simpatías y de antipatías, la comunidad nacional es frágil. Una comunidad no subsiste «más que si entre sus miembros las causas de amistad y de unión son superiores a las causas de enemistad y de división».

Es de esta consideración de la que Maurras ha partido para superar el nacionalismo barresiano que se quedó en la concepción democrática de la Revolución francesa y se apoyaba sólo sobre las voluntades individuales.

«¿Y si estas voluntades, combatiéndose, se anulan? ¿Y si la potencia de los destructores rebasa a la de los constructores?».

Ante este peligro, que no demostraba demasiado, por otra parte, la crítica histórica, Maurras concluye: «Es preciso que un Estado independiente de la Nación, aunque fundado en ella, la preserve y la salve, a veces a pesar de ella»

Que Maurras ha rechazado con toda su energía la democracia, esto es conocido por todo el mundo; lo que acaso se sabe menos son sus razones.

Así, una sociedad orgánica, jerarquizada, protegida en la cúspide por un poder independiente de la nación, aunque fundado en ella, tales son las condiciones exactas del mantenimiento de la nación.

Es evidente que Maurras, después de haber establecido lo que él consideraba como las bases esenciales de una sociedad orgánica y jerarquizada, no podía considerar la cuestión del sufragio electoral bajo el mismo ángulo individualista que los demócratas.

«La elección —dice él— puede, en rigor, expresar la suma exacta de los intereses particulares a representar. Pero será un gran error concebir el interés general como una simple suma de intereses particulares. Es esto, pero es también otra cosa, como el agua es oxígeno e hidrógeno con alguna cosa más, a saber, la disposición de sus componentes. La noción del interés general supone, asimismo, un elemento material nuevo o que no se encuentra más que en dosis insensibles en la suma de los intereses particulares; es la inquietud y la suputación del porvenir. Los intereses particulares son de orden inmediato. En política, están enfocados hacia el presente. Por el contrario el interés general de un gran Estado implica a cada instante el sacrificio de un bien próximo con vistas a desarrollos ulteriores».

Y Maurras lanza la condena definitiva, la más rotunda que haya sido dirigida contra la ley democrática:

«Una ley justa no es en absoluto una ley regularmente votada, sino una ley que concuerde con su objeto y que convenga a las circunstancias. No se la crea, se la saca y se la descubre en el secreto de la naturaleza de los lugares, de los tiempos y de los Estados».

Y dirá aún:

«En una sociedad bien construida, el individuo debe aceptar la ley de la especie, no la especie perecer por la voluntad del individuo».

La política no es, por consiguiente, el juego de los partidos, de las pasiones, de las ideologías. No es el ejercicio de una libertad sin límites por parte de un individuo igual a su vecino, «es la ciencia y el arte de la vida de los Estados». Es, pues, «la ciencia de su

DOCUMENTO DOCTRINARIO

naturaleza y de sus leyes».

Queda la impresión de que Maurras se preocupaba poco de la cuestión social. Ello es explicable por otra parte y no se trata aquí de una falta de interés por su parte, sino de un orden de urgencia..

«En todo intento de arreglar la cuestión social, la abolición previa de la democracia se impone exactamente, como las precauciones de la asepsia en el tratamiento de una plaga». Todo le parecía falso en la forma en que se plantea la cuestión social. «Se plantea en términos subjetivos, es decir, con respecto a los sujetos en causa: patronos, obreros, proletarios, propietarios. Esto es natural en la República democrática, donde todo depende y debe depender de la voluntad de los individuos y quiénes votan.» Pero ésta no es la posición que conviene adoptar. «Es preciso plantear la cuestión social con respecto a lo que es su objeto».

También en la lucha de clases una sabia doctrina la sustituirá con no «ya el entendimiento de las clases, sino la integración de los productores en el interés de la producción y en su interés».

Maurras no es tierno con el capitalismo y se sorprenderían, sin duda, muchas gentes preguntándose de quién es texto siguiente y descubriendo, después de haberlo leído, que es una página de Maurras:

«La historia de la gran industria lo atestigua: si el proletario resiste, si esta resistencia toma la forma de una ofensiva violenta, no es él quien ha comenzado; la opresión o la explotación capitalista es la primera en comenzar».

Y Maurras llega incluso a escribir:

«Hay oposición, contradicción en ángulo recto, entre el marxismo igualatorio internacional y la protección de la Nación y de la Patria. Pero un socialismo liberado del elemento democrático y cosmopolita podrá amoldarse al nacionalismo, como un guante bien hecho a una bella mano».

Maurras, por tanto, no ha podido eludir esta atracción, que era evidente desde Drumont y Barres, de un nacionalismo socialista y que no es, por otra parte, más que la consecuencia lógica de la condena de la plutocracia y del liberalismo económico. Pero porque se ha convertido en una palabra vaga, que abarca ideologías muy diferentes, el socialismo tiene algo de equívoco. Maurras prefiere referirse a la organización social que él preconiza bajo su verdadero nombre: la Corporación.

Hemos conocido el pensamiento fundamental de los fundadores de una idea política acorde con las Leyes Naturales. Sin duda el mundo ha cambiado mucho, más la mayoría de estas ideas tienen plena vigencia. Debemos aprovechar sus argumentaciones para defender nuestras ideas de hoy, debernos aprender de su manera de pensar para enfrentar las problemáticas del presente y, por sobre todo, es muy necesario que la convicción personal en la idea de una Doctrina actual y seria es imprescindible si queremos tener alguna posibilidad de prosperar. Esto es, aprender a abstraerse de los ensueños melancólicos, tener el coraje para reconocer al enemigo dentro de nosotros y tener la valentía y la inteligencia de ir más allá del refugio ideológico que es la comodidad del creer que se tiene la razón. La Naturaleza nos exige estar listos para nuestra próxima oportunidad, la marcha debe seguir a paso firme.

¡Que la Verdad prevalezca!